

sarrollan los parámetros que van a codificar la figura del “andaluz”; todo esto con base en una serie de fotografías de Ramón Muñoz Blanco que retratan a la sociedad gaditana de principios del siglo XX: los niños, el carbonero, el limpiabotas, el carnaval...

En Cádiz, en estas primeras décadas del siglo XX, se asiste a una exaltación sin mesura de lo local. De 1908 a 1912 el principal factor de orgullo es rememorar la gesta del heroísmo del pueblo de Cádiz durante el cerco francés (332).

En Sevilla, en 2014, se imprime *Crónica popular del Doce*, libro en que se guarda al pueblo gaditano que vivió la guerra de Independencia; con letras, imágenes y cantos se recrea un mundo lejano pero no perdido, un pueblo que se conserva en la memoria de la tradición que lo contiene y en las páginas del libro que tenemos ahora entre las manos.

MARÍA LUISA CASTRO RODRÍGUEZ
UNAM

Valentín Rincón. *Acertijero*. México: Editorial Nostra, 2013; 286 pp.

¿Qué es un acertijo? Quizá ésta sea, dentro de las 285 páginas del libro de Valentín Rincón, la única pregunta que no tiene una respuesta unívoca. En *Acertijero* se recopilan varios ejemplos de lo que puede ser considerado un acertijo bajo criterios más bien laxos. Eso no responde a una falta de rigor en la conformación del corpus del libro, sino a la conciencia de que los límites de los géneros populares son difusos. Lo anterior no es pretexto para abandonar la tarea de hacer un libro con una selección de acertijos, es una invitación a explorar las fronteras del género. Así, en este libro encuentran espacio tanto los más tradicionales acertijos

populares como los acertijos visuales en los que la palabra juega un papel menor. Por esto, es importante tener en cuenta el papel del ilustrador Alejandro Magallanes, ya que sobre él recae la labor de ponerlos en la página. *Acertijero* se inserta en una colección de libros dedicada a juegos, principalmente con el lenguaje, como se puede inferir de los demás títulos: *Sinonimero*, *Palindromero* y *Trabalengüero*, entre otros. Al igual que la mayoría de las publicaciones de Nostra Ediciones, el libro está dirigido al público infantil, por lo que nos encontramos con una obra más comprometida con el entretenimiento que con el estudio del género.

En las primeras páginas de *Acertijero* se encuentra una introducción en la que el autor expone brevemente cómo se enfrenta ante el género del acertijo y qué directrices subyacen a la presentación del corpus. Señala que la palabra acertijo designa un número amplio de entidades que caen en dos grandes categorías dentro de este libro: 1) lingüístico-humorísticos, que describe como “muy populares” y 2) problemas, conformada por los acertijos que plantean un problema lógico o matemático. Los acertijos populares, dice, son breves, mientras que los cultos “son más amplios y con un entorno lingüístico y sociocultural mucho más complejo” (7), y advierte que no hay una división clara entre ellos.

En cuanto a la definición del acertijo, se critica la del *Diccionario de la Real Academia Española*: “especie de enigma para entretenerse en acertarlo”, ya que no da cuenta de su relevancia dentro de la cultura. La definición además adolece de utilizar un género para explicar otro sin aclarar las diferencias, lo que pone de manifiesto involuntariamente la cercanía de los mismos. No encontramos definición precisa de lo que es un acertijo en esta introducción, se anuncia explícitamente que tampoco se pretende dar una. En todo caso se apunta, de manera similar a como lo hace el *DRAE*, que un acertijo “puede ser una adivinanza” y declara, sin más, que los problemas (la segunda categoría ya mencionada) “son enigmas”. Como dije anteriormente, se incluyen dibujos dentro de los límites del acertijo, dibujos que son representaciones oscuras y se invita a adivinar el referente. Incluso más allá de lo pictórico, hay ejemplos que, para poder disfrutarse plenamente,

requieren de objetos para recrear una situación específica en la que se propone un problema: los acertijos de las páginas 140-144 utilizan cerillos y monedas, se muestra una situación inicial y después se desafía a lograr un acomodo distinto de los elementos, ya sea limitando los movimientos y/o el número de cerillos a mover. Lo que se ofrece finalmente como definición no exhaustiva de acertijo es el *corpus* mismo.

Posteriormente se señalan las características del acertijo. Se dice que son capciosos, requieren de ingenio para ser resueltos, algunos son bromas y admiten varias soluciones, mientras que otros son más serios y normalmente sólo admiten una respuesta. Se resalta que participar de los acertijos pretende ser divertido ante todo, pero que a la vez mantiene la mente activa y ágil. Se invita al lector a no acudir inmediatamente a leer la respuesta, sino a disfrutar el acertijo y tomarse un momento para intentar resolverlo. Si el ingenio es aquello que nos separa de los animales, divertirse con acertijos parece algo natural para el ser humano, esgrime el autor.

Existen en el libro dos clasificaciones de los acertijos. Por un lado en el índice podemos encontrar las siguientes categorías: 1) lingüístico-humorísticos, 2) representaciones gráficas humorísticas, 3) problemas fáciles, 4) problemas no tan fáciles, 5) ilusiones ópticas, 6) imágenes y figuras "imposibles". Estas divisiones a la vez son atravesadas por acotaciones que son de cinco tipos y que sirven como orientadores para que el lector sepa cómo resolver el acertijo: 1) pensamiento lateral, 2) capcioso, 3) humorísticos o en broma, 4) de cultura general y 5) relacionados con la Biblia o la religión católica. No todos los acertijos tienen este tipo de acotación (ninguno dentro de los lingüístico-humorísticos por ejemplo), mientras que algunos tienen dos, por lo que se entiende que los acertijos incluidos y los acertijos en general ofrecen una multiplicidad de maneras para que nos relacionemos con ellos.

Por último, es importante destacar que en *Acertijero* vamos a encontrar tanto textos recopilados de la tradición o quizá de otros libros, como acertijos del autor. En ningún lugar se señala la proveniencia de éstos ni se incluye bibliografía alguna.

Abordamos ahora el corpus. Es importante destacar que el libro debe su efectividad en buena medida al trabajo de Alejandro Magallanes. En la primera sección, lingüístico-humorísticos, se agrupa a los acertijos según su fórmula inicial. Así, los acertijos que inician con “¿En qué se parece...?” aparecen en la página sin la fórmula dado que ese inicio es tema común de todos ellos, a veces apareciendo como fondo de las páginas, en el medio, arriba, etcétera. Esto logra, a través de la disposición de los elementos de la página, que los acertijos sean asimilados como conjunto. Fórmulas de inicio como: “¿Qué le dijo..?”, “¿cuál es el colmo...?”, “¿cuál es el pan más...?”, etcétera, son elementos de los acertijos que funcionan como orientadores, ya que para el lector/escucha familiarizado con el género, estas fórmulas acotan el *corpus* posible a la vez que sugieren de qué manera se debe pensar la solución del acertijo. Un ejemplo es “¿Cuál es el pan más fúnebre?”, cuya respuesta es “El panteón”. Cuando llega el turno de responder, quienquiera que conozca este tipo de acertijos pensará en palabras que se encuentren en el campo semántico de la pregunta y que incluyan la partícula “pan”.

Dentro de esta sección encontramos los retruécanos que quizá no vendrían a la mente como acertijos prototípicos. Todos los textos que tienen la fórmula “No es lo mismo...” como inicio, no implican una pregunta, sin embargo se puede entablar una relación dialógica si un emisor A dice: “No es lo mismo la gimnasia que...” y un emisor B responde: “...la magnesita”. Esto está indicado tipográficamente por el color de las palabras en el libro, sin embargo es cuestionable la pertinencia de su inclusión en el *Acertijero*.

Sigue una sección breve con dibujos que representan de manera poco transparente su referente. Aquí se depende completamente del libro o de la posibilidad de trazarlos para entablar el juego del acertijo. Le siguen dos partes en que encontramos “problemas” y que se dividen en “fáciles” y “no tan fáciles”. En la primera sección de los problemas hay ejemplos de razonamiento matemático y lógico, por lo que llama la atención que en las páginas 196-197 encontremos adivinanzas típicas acompañadas de

fórmulas propias del género: “Adivina adivinador, adivina”, “Qué es, qué es”, “Qué cosa será la cosa” y “Adivina, adivinanza”. Dentro de esta sección cuyos elementos son muy variados —encontramos sin más un palíndromo y un número capicúa—, se incluyen preguntas catalogadas como de “cultura general” que difícilmente se puede decir que son acertijos. Ejemplos de lo anterior son: “¿Cómo se llamaban los caballos del Cid Campeador y de don Quijote de la Mancha?” (158), “¿Cómo se llaman las células del tejido nervioso?” (172), o bien, “¿Cuál es el alimento de mayor consumo en el mundo?” (184). Responder a estas preguntas no requiere el ejercicio del ingenio, y no se pone en duda que sea importante saber responderlas, pero resultan anómalas en el marco de una colección de acertijos.

A pesar de que catalogar los “problemas” por su grado de dificultad parezca sumamente subjetivo, los ejemplos de la segunda parte sí parecen ser más complejos; sin embargo, se pueden distinguir de los de la primera sección gracias a una característica esencial: sus respuestas son mucho más largas. La mayoría de las respuestas de los acertijos de la primera sección están contenidas en una palabra o en una oración corta, por ejemplo: “Un agricultor tiene tres montones de paja en el prado y cuatro montones en el pajar. Si los juntara todos, ¿cuántos montones tendría?”, cuya respuesta es: “Uno” (187), o bien, “Subí a un árbol que tenía manzanas; comí una y el árbol ya no tenía manzanas. ¿Cuántas tenía cuando subí?”, cuya respuesta es “Dos (quedó una sola manzana en el árbol)” (188), en el que el juego reside en distinguir singular y plural. En oposición a estos acertijos, los de la segunda parte requieren una explicación más elaborada, por lo que en vez de incluir acertijo y respuesta en la misma página (ésta al revés para impedir su inmediata lectura), se le dedica una sección al final del capítulo en la que se encuentran todas las respuestas. Así, la página no se satura con bloques de texto al revés y se puede explicar la solución al problema claramente.

Dentro de esta sección también hay excepciones, por ejemplo, el caso de “En una granja de cría de conejos y guajolotes, hay en total 25 cabezas y 70 patas de estos animales. ¿Cuántos conejos y

guajolotes hay?”, (226) cuya respuesta es: “10 conejos y 15 guajolotes” (255).¹ Es cierto que la mayoría de problemas de esta sección son de índole matemático, sin embargo, se pudo incluir en la sección anterior ya que ahí también los había de este tipo como ya se ha apuntado. Se incluye también un dibujo en el que se reta al receptor a unir todos los puntos de la imagen restringiendo los trazos posibles (232). Llama la atención el número trece, “Original manera medieval de multiplicar”, en el que se explica cómo algunos mercaderes usaban sus dedos para resolver operaciones simples. Digo que llama la atención porque aquí no hay pregunta ni respuesta: “Incluimos este acertijo que no plantea un problema específico a resolver”, y al final de la página encontramos: “No busques solución” (223) en letras blancas que sólo son usadas en esta instancia de toda la sección. Si bien se puede acusar una falta de rigidez en los criterios que guían lo que se incluye en *Acertijero*, reconocemos que se prioriza el entretenimiento antes que la precisión de las categorías.

La penúltima sección pertenece a la ilusiones ópticas en las que encontramos diversos trazos que intentan engañar a los sentidos. En la página 270 hay un error pues se hace referencia a un trazo rojo que no existe. Esta sección es un buen síntoma de que la concepción de lo que es un acertijo no se constriñe exclusivamente a la oralidad y que permea distintos medios. Por último, la sección “Imágenes y figuras ‘imposibles’” consta sólo de tres imágenes; en ella el ingenio está reservado para el autor, ya que el espectador no tiene más que entretenerse con estas figuras que recuerdan a los dibujos de Escher y ponen de manifiesto cómo el arte rebasa lo que puede existir en la realidad.

Acertijero de Valentín Rincón es un libro que garantiza el entretenimiento del público. En compañía de varios acertijos encon-

¹ Este acertijo recuerda al más tradicional “Tengo veinte patos metidos en un cajón, ¿cuántas patas y picos son?”, por lo que su inclusión dentro de los problemas más difíciles también es síntoma de la gradual separación de los géneros tradicionales. En el pasado, difícilmente se le habría catalogado como un “problema no tan fácil” dado que pertenece al universo de todos los acertijos patrimonio de la comunidad.

tramos adivinanzas, palíndromos, retruécanos, problemas matemáticos, dibujos e ilusiones ópticas, que servirán para ejercitar la mente o maravillarnos ante cosas que desafían la vista. Gracias al trabajo de Alejandro Magallanes, *Acertijero* combina el gusto por la tradición oral y por el diseño editorial para mostrarnos las posibilidades de la diversidad de un género como el acertijo.

ADAM A. VÁZQUEZ CRUZ
University of Saskatchewan

Alberto Ortiz. *Aquelarre: mito, literatura y maravilla*. Barcelona: Ediciones Oblicuas, 2015; 238 pp.

En noviembre de 1862, luego de sortear varios obstáculos relacionados con la censura de la época, Jules Michelet, uno de los historiadores franceses más reconocidos de mediados del siglo XIX, logra publicar *La bruja*, texto donde se recogen casos judiciales resueltos por la Inquisición, pero vitalizados con una narración amena que lo aleja de la llana reconstrucción histórica. Este libro representa un paradigma en los estudios sobre las supersticiones occidentales, pues inaugura un interés cada vez mayor por saber cómo fue el proceso de su conformación en la tradición europea y el papel que jugaron en el imaginario colectivo; para José Emilio Pacheco, la gran contribución de Michelet radica justo en esto, en rescatar del oprobio el mundo de la brujería y transmitir su historia como la narración de una realidad viva. Alberto Ortiz, desde la primera página de *El Aquelarre: mito, literatura y maravilla*, se confiesa deudor de la obra de Michelet, a quien reconoce como la base inspiradora del trabajo, si bien aclara de